



Capítulo 312 - Jardín de la Nuit

Claro, tras tener un pequeño dolor de cabeza con los amores de su vida, Vergil tuvo que visitar París. Al fin y al cabo, su objetivo era encontrar al que había lastimado a Viviane...

¿A quién engañaba? Ese hombre, Espectro, lo había molestado mucho varias veces. En medio año, había atacado a Viviane, casi matándola. Unos meses después, uno de sus aliados atacó a su precisa amiga, Alexa.

El aliado de ese hombre era el propio hermano de Alexa, quien mató a toda su manada sin motivo alguno. Y en el mismo incidente, unos días después... atacó a Katharina, Ada y Roxanne.

¿La verdad? Vergil se contuvo todo el tiempo para no cometer una locura. Mantenía la calma por dentro, pero aguantaba cada segundo que pasaba resolviéndolo. Al mismo tiempo, se controlaba aún más para no actuar precipitadamente.



Eso era lo que Sephirothy le había enseñado durante su entrenamiento. La mente. A diferencia de Zafiro, a quien le gusta entrenar su fuerza, su madre era una mujer que se preocupaba más por su cerebro que por sus músculos. Por eso era más fuerte que Zafiro. Porque la diferencia... era el equilibrio.

Y bueno, ahora tocaba volver a la realidad ¿no?

Por supuesto, París lo recibió como a un amante melancólico: frío, elegante y lleno de recuerdos. Vergil se bajó del taxi negro en la esquina de un callejón de Montmartre, con su abrigo oscuro ondeando ligeramente al viento.



"Parece que va a llover", murmuró mientras miraba hacia arriba. El cielo nublado parecía pesar sobre los tejados inclinados de la ciudad, como si presentiera lo que estaba por venir.

Observó su entorno con atención. A una cuadra de distancia, cruzando el Boulevard de Clichy, divisó el mismo riachuelo que discretamente atravesaba el entorno y, por supuesto, esbozó una leve sonrisa.

Sus recuerdos eran buenos; después de todo, era el mismo lugar donde, meses antes, había caminado de la mano de Katharina por primera vez. El agua oscura fluía perezosamente, reflejando la tenue luz del día. Era un fantasma silencioso de aquella noche inolvidable.

"Debería venir más a menudo, es un pueblo acogedor", murmuró, tocando el borde del puente con la mano enguantada. "Ojalá hubiera traído a Katharina otra vez... pero lo que estoy a punto de hacer probablemente me mataría si lo viera".



Su atención se dirigió al edificio que buscaba. El número 42 de la Rue des Martyrs. Montmartre era un barrio de artistas, bohemios y secretos... y allí, entre una panadería abandonada y una tienda de antigüedades cerrada, se alzaba la modesta fachada de una floristería.

Como dijo Paimon, fue imposible encontrar el lugar en Google Maps, pero nunca dijo que Street View no funcionaría. Le resultó bastante fácil; solo tuvo que retroceder unos dos años en las fotos de 360 grados tomadas por uno de esos coches de mapeo.

«Jardín de la Noche», decía el letrero descolorido con pintura dorada, un poco desgastado, un poco viejo. Incluso más de lo que debería teniendo en cuenta el tiempo, pero en las fotos vio que ya estaban así... No se veían flores en la ventana. Solo sombras, parecía tan... abandonado.



—Parece que lo encontré... —murmuró, antes de cruzar la calle y detenerse frente a la oscura puerta de madera.

El cristal arenado reflejaba su imagen: sus ojos parecían un poco cansados, su cuerpo era más grande que la última vez que lo había notado... tal vez había alcanzado los 2,35m, ya era más grande que Zafiro en la última medición, y por supuesto, eso ni siquiera era tan importante.

«Bueno, parece estar abierto... aunque parece abandonado...», pensó, dando un paso adelante y siguiéndolo, así que tocó el pomo de la puerta... ¿que estaba caliente? «Qué extraño».

Cuando abrió la puerta, sonó un timbre débil, pero el sonido fue ahogado por algo extraño... como si el espacio interior no estuviera en el mismo mundo.

El aire olía a jazmín y humo viejo.

La floristería no era realmente una tienda. Era un pasillo largo y estrecho, cubierto de enredaderas vivas en el techo. Jarrones viejos estaban esparcidos como obras de arte abandonadas. Al fondo, una cortina de terciopelo rojo bloqueaba el paso.

"¿Hay alguien aquí?", murmuró, buscando alguna señal de vida a su alrededor... "¡Guau, qué polvo hay!", murmuró, pasando el dedo por uno de los jarrones.

Vergil avanzó un poco en el silencio de la floristería, con los sentidos agudizados. La atmósfera era un extraño vacío: el olor a tierra húmeda, flores secas y algo oculto en el aire. Miró a su alrededor, atento, pero no había nadie a la vista.





"¿Hola?" gritó con voz firme pero cautelosa, esperando algún tipo de respuesta.

"¡Hola!" respondió una voz femenina detrás de él.

Vergil se giró de inmediato, con el corazón acelerado. «¡No sentí ninguna presencia!», pensó alarmado. En toda su vida, solo había sido incapaz de percibir la presencia de unas pocas personas en concreto... Zafiro, Sephirotjy, los Arcontes y... Sun Wukong.

Pero detrás de él... nada. Solo el mismo pasillo brumoso, lleno de jarrones antiguos y sombras inmóviles. Miró a su alrededor, frunciendo el ceño, intentando localizar el origen de la voz.

"Aquí abajo, gigante", dijo ella, ahora mucho más cerca. Él miró hacia abajo, y allí estaba ella.



Una mujer de unos 1,57 m de altura... casi diminuta comparada con su imponente estatura. Tan pequeña que parecía pertenecer a otra escala del mundo. Pero a pesar de su altura, era una imagen impactante.

Sus ojos eran de un azul pálido, hundidos como los de Viviane, pero al moverse en la tenue luz de la habitación, un reflejo multicolor recorría sus iris como un arcoíris líquido, hipnótico, como si contuviera diminutos prismas mágicos. Su cabello, completamente blanco, casi etéreo, brillaba incluso bajo la cálida luz del techo, como si contuviera partículas de luz de luna. Vestía ropa sencilla pero ajustada que acentuaba sus curvas firmes y maduras: cintura estrecha, caderas redondeadas y pechos generosos. Su piel era de un bronce dorado uniforme, como si la hubieran besado soles antiguos. Había algo divino allí, y algo... absurdamente vivo.

—Oh... hola —dijo Vergil desconcertado, pero manteniendo la postura.



"Sí, sí, hola", respondió ella, sacudiendo la cabeza con cierta impaciencia juguetona. "Entonces, ¿qué quieres? Las flores están... digamos... artísticamente cansadas". Él hizo un gesto despectivo, señalando un arreglo de flores marchitas, ramas torcidas y lo que parecía musgo adornado con purpurina.

Se cruzó de brazos, como esperando a que él decidiera más rápido. «Puedes elegir uno. O fingir que te gusta, comprarlo y marcharte con dignidad. Tu cara de perdido es deprimente», añadió con una sonrisa sarcástica.

Vergil no respondió de inmediato. En cambio, la observó con atención. No era una empleada cualquiera. Todo en ella —el brillo en sus ojos, la seguridad en su sarcasmo, su postura a pesar de su pequeño tamaño— le decía que había mucho más tras esa fachada de vendedora gruñona.

"No eres florista", dijo finalmente.

Ella arqueó una ceja. "Y tú no eres un cliente cualquiera", replicó. "Pero estamos aquí, fingiendo ser gente normal, así que... ¿qué tal si seguimos el teatro un minuto más?"

Vergil sonrió levemente. Por fin, algo tenía sentido en aquel extraño lugar. «Busco a la Diosa del Amor», dijo en voz baja.

La mujer lo miró con un brillo curioso en sus ojos caleidoscópicos.

"Ah... así que sí fuiste tras ella", dijo con una sonrisa torcida. "Por desgracia, no tenemos esa flor en stock. Se nos acabó. Ya puedes irte, querida". Se encogió de hombros con falsa inocencia, dándose la vuelta como si el asunto estuviera zanjado.





Vergil no se movió. Sus ojos permanecieron fijos en ella, sin pestañear. Lentamente, su aura comenzó a manifestarse: un peso en el aire, denso como la niebla antes de una tormenta. La madera crujió bajo sus pies. El suelo pareció temblar levemente. Las flores marchitas de la tienda se marchitaron aún más.

La mujer se quedó paralizada. Su cuerpo se tensó por un instante... y luego abrió mucho los ojos. Se giró de nuevo; ya no tenía el rostro juguetón, sino algo parecido a la sorpresa. ¿O era ira?

Su aura respondió en un instante. Con un estallido seco, el espacio a su alrededor se distorsionó y el pequeño cuerpo femenino se expandió como una llama que crecía en un instante. En cuestión de segundos, se paró frente a Vergil a su misma altura, pero ahora irradiando un magnetismo casi insoportable, como si cada centímetro de su piel dorada hubiera sido moldeado para dominar. Su rostro, antes jovial y provocador, se había vuelto austero. Hermoso, pero implacable.



Sus ojos ardían con una luz iridiscente.

"¿Quién? Me. Dijiste. Mi. Dirección?", siseó entre dientes, cada palabra cargada de poder, mientras la presión de su presencia empujaba el aire contra el pecho de Vergil.

El propio Vergil sintió que sus rodillas cedían un poco. Era como si una montaña le presionara el cuerpo desde dentro. Pero aun así... sonrió.

"¿Importa...? Afrodita." Pronunció el nombre con claridad, como quien aprieta el gatillo de un arma sagrada.

Ella no lo dudó.



Con un simple gesto, como si fuera un soplador de polvo, Vergil fue lanzado como un muñeco contra la parte trasera de la tienda. Su cuerpo atravesó jarrones, estantes y madera vieja, hasta que golpeó con fuerza la pared, agrietando parte del yeso. Cayó sentado con un sonido sordo, tosiendo algo de polvo.

Afrodita caminó lentamente hacia él. Sus pasos eran silenciosos, parecían flotar, pero su presencia lo aplastó como una avalancha emocional. Era un poder distinto al de los guerreros o los dioses de la guerra. Era la seducción convertida en fuerza. La belleza en forma de dominación.

"Tienes agallas, te lo concedo", dijo, deteniéndose frente a él. "Pero te estás metiendo en el jardín equivocado, cariño. No vienes aquí con sangre en las botas".

Vergil se levantó lentamente, su cuerpo ya recuperándose del dolor. Sus ojos la miraron fijamente, ahora más evaluadores que desafiantes.

"No vine como enemigo", dijo con la voz ronca por el impacto. "Aunque no soy tan famoso, no esperaba que una diosa conocida por su popularidad no supiera quién soy", dijo Vergil, sacudiéndose el polvo del abrigo. "Paimon se va a enfadar mucho por eso...", murmuró.

Afrodita se detuvo un momento antes de acercarse, "¿Paimon? ¿Esa perra te envió? ¡¿POR QUÉ COÑO NO LO DIJISTE?!"

